

Puntualidad japonesa

A MANO ALZADA
FERNANDO BARBOSA



LA COMPAÑÍA DE TRENES TSUKUBA Express, que conecta las ciudades de Tokyo y Tsukuba, se ha disculpado públicamente por incumplir con su itinerario. El pasado 14 de noviembre, el tren que debía partir a las 9:44:00 a.m., partió a las 9:43:40 a.m. Para nosotros resulta difícil entender que adelantarse 20 segundos en la salida pueda convertirse en problema.

La puntualidad, tal como la conocemos hoy, es algo relativamente nuevo en la cul-

tura de Japón. Antes se regían por el calendario lunar y un sistema de horas variables que se ajustaban en 12 unidades —seis diurnas y seis nocturnas. Cada fragmento de tiempo tenía por nombre uno de los signos zodiacales, comenzando por la hora del ratón al amanecer y terminando con la del tigre que culminaba con la alborada. Cada nueva hora se anunciaba por medio de un campanazo y no existían formas para medir minutos y segundos.

La adopción del calendario gregoriano data de mediados de 1872 y solo a partir del 1º de enero de 1873 se impuso la hora estándar que usamos en Occidente. A pesar de esto, la inexactitud en la medición del tiempo fue la regla y socialmente se aceptó una natural impuntualidad.

Mas la implementación de la hora internacional no fue suficiente y debió pasar mucho tiempo para que la cultura se modificara y permitiera la aparición de sistemas como el Justo a tiempo de Toyota. Para avanzar, se requirieron esfuerzos tanto en las escuelas como en las fábricas que se abrieron en el proceso de modernización a finales del siglo XIX. No obstante, fueron los trenes los encargados de disciplinar a la sociedad en general, con itinerarios precisos que se cumplían implacablemente.

Todo esto nos lleva a pensar que un retraso de 20 segundos puede tener más implicaciones que las que suponemos. Y quizás nos ayude a reflexionar sobre los costos de la impuntualidad en Colombia que según algunos cálculos sobrepasa el 1% del PIB.

Historia

JOSÉ FERNANDO ISAZA



LA ÚLTIMA ENCUESTA DE CIFRAS Y Conceptos sobre la intención de voto para las próximas elecciones presidenciales muestra un avance de los candidatos del centro izquierda sobre los de extrema derecha. La candidatura liberal de Humberto de la Calle aumentó la intención de voto al 10%. Por supuesto que hace falta mucho trecho para que se consoliden las candidaturas; es de esperarse que tan pronto se defina “el que diga Uribe”, su pupilo aumentará significativamente la intención de voto. A lo anterior debe agregarse que es más factible una unión de la extrema derecha que del centro, por lo cual es imperativo, para no retroceder en los tímidos avances sociales, políticos, de derechos de tercera generación, que las fuerzas de centro e izquierda moderada se consoliden antes de las elecciones del Congreso.

Una alianza sólida de fuerzas que representan Fajardo, Claudia López, Jorge Enrique Robledo, Humberto de la Calle y Clara López permitiría que su candidato llegue a la segunda vuelta. Adicionalmente obtendrían una importante votación para el Congreso. No es realista pensar que sin los anteriores líderes las listas al Congreso tengan mucho éxito. Se perdería además la presencia de los mejores parlamentarios.

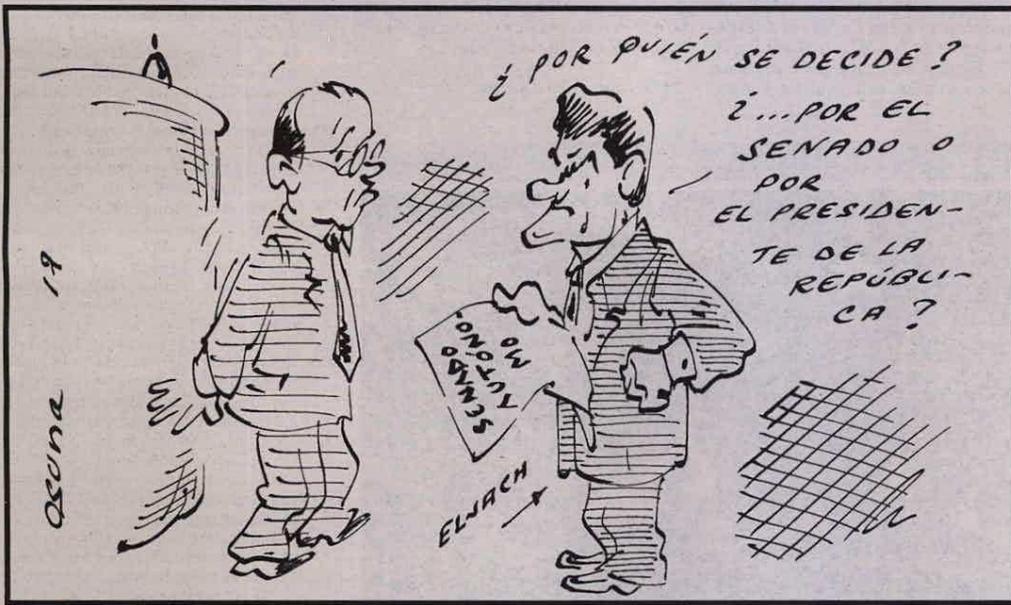
Pretender una unión alrededor de quien tenga la mayor votación en la primera vuelta o en las parlamentarias, más que riesgosa, es suicida. El umbral para el Senado en las próximas elecciones estará rondando en los 300 o 400 mil votos; no parece factible con una atomización del centro e izquierda moderada que puedan llegar al umbral, si no están en las listas los reconocidos líderes, con la obvia excepción de quien sea escogido como el contendor para la elección presidencial.

Aunque no pueden sumarse las intenciones de voto y falta el “dedazo” del Centro Democrático que hará que el candidato sume más que los cuatro precandidatos. Una primera lectura de las encuestas da 40% centro izquierda, 26% derecha, 18% izquierda fundamentalista, indecisos 16%.

De seguir comportándose la débil alianza como los partidos viejos, que ponen primero sus aspiraciones personales sobre la conveniencia del país, con alta probabilidad en la segunda vuelta el país se escogerá entre la derecha y la extrema derecha. La probabilidad de una polarización que lleve a una elección en la que al final vaya un candidato de la extrema derecha y uno de izquierda fundamentalista es bien baja. Difícilmente Petro, quien se mantiene en las primeras posiciones, podrá tener una votación mayor al 20% o 25%, aun si se le suman los apoyos de Piedra Córdoba y los pocos votos de Rodrigo Londoño, alias *Tímochenko*.

El estribillo “la izquierda unida jamás será vencida” no se ha convertido en una realidad en Colombia; por el contrario, una caracterización en el país más cercana a la realidad sería “La izquierda unida jamás será izquierda”. Los integrantes de la coalición del centro izquierda tienen una responsabilidad que no pueden eludir: de no deponer a tiempo sus intereses personales y así evitar el ascenso de las fuerzas más retardatarias, serán juzgados implacablemente por las víctimas del conflicto, por quienes consideran que los acuerdos son para cumplirlos, que es mejor un país en paz que en guerra, que los derechos de las minorías étnicas, que las opciones sexuales y las preferencias políticas deben respetarse. No pueden apelar al fallo de la historia; con justicia puede decirse que esta no los absolverá.

Osuna



Cepeda Sarabia en la encrucijada

Se venden humanos

YOLANDA RUIZ



SIEMPRE HAY HECHOS QUE RETAN nuestra capacidad de asombro. No importa cuánta guerra, cuánta muerte, cuánta violencia insensata hayamos tenido que enfrentar, siempre algo puede ir más allá y hay historias que nos tocan, que duelen, que quitan el sueño. Cuenta CNN en un impactante reportaje que en Libia hay subastas de esclavos. En pleno siglo XXI, en oscuras bodegas, los migrantes ilegales son ofrecidos al mejor postor en una puja que parece traída de otro tiempo, de otro siglo. Los presentan como ganado, destacan sus dotes y su fuerza para el trabajo y comienzan las ofertas. Por 400 dólares se puede comprar una persona. Son seres humanos traficados por bandas que se lucran de la miseria ajena porque comprar y vender personas es hoy uno de los negocios más lucrativos de los delincuentes que tienen redes que traspasan fronteras.

Eso pasa en Libia pero en Colombia hay otro mercado negro que golpea también la dignidad humana y agrade a los niños que son los más vulnerables. Según Mario Gó-

mez, el fiscal delegado de infancia y adolescencia, dentro de los miles de crímenes atroces que se cometen todos los días contra menores aparece una compraventa que aterra: los capos de las bandas criminales compran la virginidad de niñas para ofrecerlas como regalo a sus hijos o invitados en las fiestas. Me pregunto si no son muchas veces los mismos padres quienes venden a sus niñas para ser explotadas sexualmente en un mercado que existe como el de Libia, que es real y nos debe avergonzar a todos.

La periodista que reporta desde Libia en un momento de su trabajo se queda sin palabras y dice en un tono desolado “sinceramente no sé qué decir”. Conozco esa sensación porque hay momentos en los cuales lo que se diga sobra. Cuando escribo estas líneas paso horas y horas intentando encontrar palabras para relatar la indignación, el dolor, la impotencia que siento ante noticias que vivimos acá o que llegan del otro lado del mar pero en realidad no tengo una idea coherente para aportar. ¿Qué decir ante los crímenes atroces que se cometen contra los niños? ¿Qué decir cuando los convertimos en mercancía? ¿Qué decir cuando alguien puede vender o comprar una persona sin que le duela el alma?

La denuncia de CNN le dio la vuelta al mundo, ya se anuncian serias investigaciones y se han escuchado pronunciamientos

de la ONU y de algunos líderes del mundo. Muchos de los que hoy se rasan las vestiduras son los mismos que promueven las guerras y las hambrunas que sacan de sus casas a esos migrantes que se lanzan al vacío buscando una oportunidad que no encuentran porque les cierran las puertas. Mientras tanto en Colombia se presentan estadísticas de los abusos, se alerta por la venta de niñas para ser abusadas y también por la trata de menores que llegan de Venezuela para convertirse en esclavas sexuales. Porque también aquí vivimos nuestro drama de migrantes que huyen de una tragedia para encontrarse a veces con otra de este lado de la frontera. Las autoridades hacen lo que pueden pero la película de terror no para. Va más allá de las leyes, tiene que ver con la pérdida de límites de nuestra pobre especie. ¿Estará en nuestro ADN?

Cuando los humanos se convierten en mercancía lo demás palidece. Se vuelven insignificantes otros debates, otras preocupaciones. Intento comprender el fenómeno, darle contexto, ubicarlo en su justa medida pero no encuentro una explicación que me haga entender cómo un ser humano puede hacerle eso a otro sin perder su propia humanidad, sin degradarse a sí mismo. El mercado, que todo lo corroe, también les puso precio a los humanos y a la virginidad de una niña. Ante esa realidad mejor callar y llorar.